

LINDSAY CLARKE



LA GUERRA DE
TROYA

VIVIERON COMO HOMBRES, COMBATIERON COMO DIOS

Una arrolladora novela sobre los mitos y las leyendas que surgieron de la guerra librada por la ciudad de Troya en la Edad de Bronce y que siempre han cautivado la imaginación del mundo.

Es un relato de dos poderosas generaciones de hombres y mujeres y de sus destinos, en el que mito e historia se entrecruzan y los conflictos humanos corren paralelos a las disputas entre los dioses inmortales. Peleo y Tetis, Paris y Helena, Agamenón y Clitemnestra, Odiseo y Penélope, Aquiles y Héctor: cobran nueva vida en esta vibrante versión, fiel a la forma en que sucedieron los hechos, pero captando la atención del lector con un drama pasional de gran actualidad.

Índice de contenido

El bardo de Ítaca

Primera parte. El libro de Afrodita

La manzana de la discordia

El oráculo de fuego

El juicio de Paris

Hijo de Príamo

Un caballo para Poseidón

El suplicante

La embajada troyana

La locura de Afrodita

La huida de Esparta

Caso de guerra perfecto

Segunda parte. El libro de Ares

La reunión

Los años de la serpiente

El altar de Áulide

La cólera de Aquiles

Duelo en la lluvia

Oferta de paz

El precio del honor

Los dioses en guerra

Crimen en el santuario

Un caballo para Atenea

El fantasma

Glosario de personajes

Deidades

Mortales

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Sean, Steve, Allen y Charlie.

El bardo de Ítaca

En aquellos tiempos, el reino de los dioses estaba más cerca del mundo de los hombres, y los dioses solían dejarse ver entre nosotros, manifestándose a veces como tales, otras en forma humana y, aun otras, bajo la forma de un animal. También la gente que vivía por entonces estaba más cerca de los dioses que nosotros, y las grandes gestas y maravillas eran mucho más corrientes en aquellos tiempos, por lo que sus historias son más nobles y ricas que las nuestras. Para que no desaparezcan de la faz de la tierra, he decidido poner por escrito todas las historias que he oído de la guerra en Troya: de cómo empezó, cómo se libró y cómo se terminó.

Hoy es un buen día para comenzar, el sol está en su cenit en el cielo estival. Al levantar la cabeza, oigo el tañer de las liras por encima de la pleamar, los cánticos y el retumbar en el suelo de las danzas en la ciudad. Es la festividad de Apolo. Hoy hace cuarenta años que Odiseo regresó a Ítaca, y no me falta motivo para recordar aquel día, pues estuvo a punto de ser el último para mí.

A los veinte años sólo veía a mi alrededor sangre, exterminio ti la furia de un hombre vengativo. Todavía me veo allí, acobardado ante el trono tachonado de plata. Me acuerdo del repugnante sabor a miedo en la boca, del olor a sangre en la nariz, y si cierro los ojos, veo a Odiseo alzando su sanguinolenta espada ante mí.

Como Ares no es un dios al que yo sirva, aquella festividad de Apolo fue lo más cerca que he estado —que nunca

quise estar— de la guerra. Y sin embargo, las historias que he de narrar son relatos de guerra, y fue Odiseo quien me las contó. ¿Que cómo es posible? Porque su hijo Telémaco me salvó de la ciega furia de la espada de Odiseo, gritándole que yo no era de los que habían querido tomar a su esposa y su reino. Por eso luego, mucho tiempo después de la furia, cuando Odiseo relató estas historias a su hijo, yo estaba allí junto al fuego, en el gran salón de Ítaca.

Puede que algún día otro bardo haga por Odiseo lo que no he podido hacer yo, Femio de Ítaca, y componga un gran canto con estas historias, un canto que los hombres entonen para siempre. Hasta ese día, que el destino sea gentil y preserve lo que un hombre honesto ha puesto por escrito para evocar las pasiones de dioses y hombres.

Primera parte

El libro de Afrodita

La manzana de la discordia

El mundo está lleno de dioses, y nadie puede servirlos a todos. Por eso es verdad que el destino de un hombre depende de los dioses que elija, y la mayoría de los relatos actuales afirman que la guerra de Troya empezó con una elección así, cuando una tarde calurosa el héroe troyano Paris fue llamado ante las diosas en lo alto del monte Ida.

Los montes Ideos, que el río Escamandro atraviesa, están a tinos quince kilómetros del mar, en la región del reino de Troya conocida como Dardania. Odiseo me aseguró que entre el clan dardanio de los troyanos se daba por aquel entonces un antiguo culto a Afrodita Frigia, y que Paris, uno de sus principales pastores, había crecido en un ambiente colmado del poder de esa seductora diosa. Por eso parece probable que se le concediera la visión que lo llevó a su divina presencia durante una prueba de iniciación en la cima del monte Ida. Pero como no está permitido hablar directamente de tales ritos secretos, los bardos hemos de recurrir a la imaginación.

Todo comenzó con la intensa sensación de estar siendo observado. Paris levantó la vista desde su meditabundo ensueño y sólo vio su rebaño pastando. Los animales parecían, si acaso, menos alerta que él. Entonces, por el rabillo del ojo, vislumbró un breve chispazo luminoso. Cuando volvió la cabeza, el destello se desplazó por el aire al otro lado. Perplejo, Paris miró hacia allá y oyó una suave risa. Justo ante él, en la densa sombra de un pino, distinguió la es-

belta silueta de un hombre, al principio borrosa. Con un sombrero de ala ancha y una ligera capa que la envolvía formando pliegues, la figura se apoyaba en el tronco del árbol con un pulgar trabado en el cinto y una vara adornada con una cinta blanca en la otra mano. Ladeaba la cabeza con expresión de curiosidad, como sopesando la cara de asombro del pastor.

Intuyendo que se hallaba en presencia de un dios, Paris se levantó de un salto.

Un águila planeaba aún por el inmaculado azul del cielo. Ante sí tenía el panorama, tan familiar para él, de la llanura de Troya y los ríos que la riegan, pero era como si hubiera traspasado un umbral de luz para entrar en una región superior de la conciencia, donde todos los sentidos se le alteraban. Hasta el aire le sabía más puro y seco, como si lo hubieran transportado a más altura. Y entonces el dios Hermes hizo un ademán con su báculo.

—Zeus me ha encargado que venga. Tú y yo tenemos que hablar.

Y sin dar signo alguno de haberse movido, estaba junto a Paris, sugiriéndole que descansaran en la hierba mientras le explicaba su misión.

—En primer lugar —dijo Hermes—, quizá te interese examinar esto. —Y de la bolsa que le colgaba del cinto sacó algo brillante y se lo entregó a Paris, que bajó la mirada al reflejo de luz del sol que despedía la dorada manzana, ahora en la palma de su mano. Dándole la vuelta, pasó el pulgar por las palabras que tenía inscritas y, estupefacto, volvió a mirar al dios.

Hermes sonrió:

—Dice «A la más hermosa». Bonito, ¿no? Pues no sabes el lío que ha montado. Es lo que me trae por aquí. ¡Nosotros, los dioses, necesitamos de ayuda!, sí, ya lo ves —percibió el desconcertado ceño del joven—. Pero todo esto no te diré nada si no te cuento primero la historia de Peleo.

Es posible, supongo, que todo empezara así, aunque Odiseo siempre insistió en que la guerra de Troya comenzó donde comienzan todas las guerras: en el corazón y en la mente de los mortales. Por entonces había llegado a considerar la guerra como un atroz legado que pasa de generación en generación, y las semillas del conflicto las veía en los padres de quienes libraron las batallas en aquella llanura expuesta a los vientos. Peleo era uno de esos padres.

El propio Odiseo aún era joven cuando trabó amistad con Peleo, venerado ya desde hacía tiempo por ser una de las almas más nobles de toda una generación de grandes héroes argivos. Había habido también una época en la que Peleo parecía, de entre todos los mortales, el predilecto de los dioses. Pero, para gran consternación suya, el joven aventurero de Ítaca halló en él a un hombre apesadumbrado y dado a largos y desolados silencios por las terribles pérdidas que habían llenado de sombras su vida. En una sola noche, Peleo contó a Odiseo todo lo que tuvo aplomo para contarle de su propia historia.

Comenzó por la disputa entre tres jóvenes de la isla de Egina, disputa que acabó con dos de ellos en el exilio y el otro muerto. Apenas abandonada la infancia, Peleo y Telamón eran los hijos mayores del rey Éaco, célebre en todo Argos y aún más allá por su gran piedad y justicia. Si Éaco tenía una debilidad, era su preferencia por el menor de sus hijos, un joven llamado Foco no nacido de su esposa, sino de una sacerdotisa del culto a la foca instalado en la isla.

Desplazados en el afecto de su anciano padre, en Peleo y Telamón surgió una viva animadversión hacia ese agraciado hermanastro, tan lustroso y musculoso como la foca de la que tomó el nombre, excelso en todas las cosas, sobre todo como atleta. El rencor se tomó en odio cuando empezaron a sospechar que Éaco quería nombrar a Foco su sucesor en el trono. ¿Por qué si no le habría llamado a la isla

tras haberse ido el joven voluntariamente al extranjero para mantener la paz? Al menos la esposa del rey así lo creía y urgió a sus hijos a atender sus propios intereses.

Lo que pasó a continuación sigue sin saberse a ciencia cierta. Sí se sabe que Telamón y Peleo desafiaron a su hermanastro a una prueba de pentatlón. Se sabe que los dos salieron con vida de la competición, pero no así Foco. Se sabe también que los hermanos mayores declararon accidental su muerte: un golpe de mala fortuna cuando el disco de piedra lanzado por Telamón se desvió y fue a darle en la cabeza. Pero también se dijo que el cuerpo presentaba más de una herida y que lo hallaron, además, oculto en un bosque.

Éaco no abrigó dudas sobre la culpabilidad de sus hijos, que habrían perecido de no haberse percatado a tiempo del peligro, huyendo ambos de la isla. Pero luego cada hermano tomó su propio rumbo, lo que me induce a creer que Peleo no mentía al contarle a su amigo Odiseo que había accedido de muy mala gana al plan de Telamón de asesinar a Foco.

Fuera como fuera, cuando el padre se negó a escuchar sus alegaciones de inocencia, Telamón buscó refugio en la isla de Salamina, donde desposó a la hija del rey y acabó sucediéndole en el trono. Mientras, Peleo huyó hacia el norte, a Tesalia, y allí se refugió en la corte de Áctor, rey de los mirmidones.

Peleo fue acogido con calor por el hijo del rey Áctor, Euritión. Pronto ambos se hicieron amigos, y Euritión, al saber lo sucedido en Egina, se propuso limpiar la culpa de Peleo por la muerte de Foco. Su amistad quedó sellada al casarse Peleo con la hermana de Euritión, Polimela.

No mucho después de la boda llegó la noticia de que un enorme jabalí causaba estragos en el ganado y los cultivos del vecino reino de Calidón. Al oír que muchos de los mayores héroes de la época, como Teseo y Jasón, se estaban juntando para dar caza al jabalí y que su hermano Tela-

món se sumaría a ellos, Peleo partió con Euritión para unirse a la captura.

Salvando la guerra, no puede haber habido expedición más calamitosa que la caza del jabalí de Calidón. Al haber desatendido el rey de ese país sus ritos, la divina Artemisa había enloquecido al jabalí, que luchó con espantoso frenesí por salvar la vida. Cuando lograron hacerlo salir a un claro desde la espesura de un riachuelo, ya había matado a dos hombres y herido a un tercero. La virgen cazadora Atalanta lanzó una flecha por detrás que acertó al jabalí en la oreja. Telamón avanzó de un salto con su lanza para rematar a la bestia, pero tropezó con la raíz de un árbol y perdió el equilibrio. Peleo llegó a la carrera para levantar a su hermano del suelo y, al alzar la vista, vio al jabalí hurgando con los colmillos las tripas de otro cazador. Lanzó apresuradamente su jabalina la vio desviarse en el aire para acabar clavada en las costillas de su amigo Euritión.

Ahora con dos muertes sobre su conciencia, Peleo no se veía a paz de hacer frente a Polimela ni al afligido padre de su amigo. Por eso se retiró a la ciudad de Yolco con otro de los cazadores, el rey Acasto, que se ofreció a purificarle de esa nueva culpa de sangre. Pero la vida de Peleo se empañó aún más, pues mientras estaba en Yolco, la esposa de Acasto, Cretéis, cayó en una impía pasión por él.

Violentado por sus acercamientos, Peleo trató de apartarla de pero cuando la rechazó con más firmeza, ella se enfadó primero y luego la pasión la tornó cruel. Para vengar su humillación, envió a la mujer de Peleo el mensaje de que éste la abandonaba para unirse a la hermana de la propia Polimela. Dos días después, totalmente ajeno a lo que había hecho Cretéis y asumiendo por ello enteramente la terrible culpa, Peleo se enteró de que su mujer se había ahorcado.

Durante un tiempo enloqueció de dolor. Pero aquél no fue todavía el final de todas sus cuitas. Alarmada por las consecuencias de su malevolencia, Cretéis trató de borrar

las huellas de su acción diciéndole a su esposo que Peleo había intentado violarla. Ya unido a Peleo en los ritos de purificación, Acasto no deseaba incurrir también él en un crimen sacrílego, por lo que pidió consejo a sus sacerdotes. Pasado un tiempo, le hizo a Peleo una propuesta:

—Si te detienes demasiado en la muerte de Polimela —le dijo—, te volverás loco de dolor. La muerte de Euritión fue un accidente. En el caos de la cacería, podría haberle pasado a cualquiera. Y si tu esposa no fue capaz de vivir con esa idea, tú no tienes la culpa. Has de vivir tu vida, Peleo. Necesitas aire y luz. ¿Qué tal si tú y yo volviéramos al monte? Te reto a una competición de caza, ¿te animas a responder al reto?

Creyendo que su amigo sólo albergaba buenas intenciones para con él, Peleo aprovechó la ocasión para intentar dejar atrás el dolor de su atribulada vida. Se reunió una partida de caza. Con lanzas, trampas y una ruidosa jauría de perros, Peleo y Acasto partieron al amanecer hacia los elevados y verdes riscos del monte Pelión. Estuvieron cazando todo el día, y por la noche dieron cuenta de una abundante cena bajo las estrellas. Reconfortado por el aire libre, la altura, el mundo sin engorros de la camaradería masculina, Peleo bebió demasiado del embriagador vino que habían llevado y se sumió en un estupor de pesadillas.

Despertó al frío relente de las primeras horas del día para verse abandonado junto a una hoguera apagada, desarmado y rodeado de un corro de la peluda tribu de los centauros, que apestaban como sus ponis y discutían qué hacer con él, hablando en su cerrado acento de montaña. Algunos estaban por matarlo allí mismo, pero su jefe —un joven macho de encrespada crin castaña vestido con pieles de venado— argumentó que algo habría que aprender de un hombre al que habían expulsado las gentes de la ciudad, y decidieron llevarlo ante su rey. En efecto, levantaron a Peleo a patadas y así lo hicieron subir por empinados repechos de roca y peñascos, matorrales de tojo, florestas de

roble y abedul y cataratas que se precipitaban a gran velocidad a un hondo precipicio donde resonaba con fuerza el agua que caía de la montaña.

Cuando el grupo se acercaba con su prisionero, unas mujeres levantaron la vista de las pieles que zurraban contra las planas piedras de un arroyo y se quedaron calladas. El jefe de la banda subió unos escalones de piedra y entró en una cueva en mitad de la pared del precipicio. Mientras lo retenían fuera esperando, Peleo vio fornidos ponis pastando sueltos por los agrestes pastos. Las cabras se lo quedaban mirando desde las rocas a través de unos ojos negros como ranuras. No vio signo de morada alguna, pero supo dónde encendían fogatas por los parches de hierba carbonizada rodeados de círculos de piedras. Un penetrante olor a carne cruda y leche rancia le asaltó la nariz. Dos niñas con ropajes de piel de cabra se habían puesto a unos metros de él. Tenían la cara manchada de jugo de moras. De haber hecho un movimiento súbito, se habrían espantado como potros.

Al fin lo metieron en la cueva, donde un anciano encorvado y moreno como la madera de olivo, de lacio cabello blanco, se recostaba en un mullido camastro de hojas y hierba fresca. El aire de la cueva estaba fragante por los muchos haces de hierbas medicinales y olorosas que colgaban de sus secas paredes. El viejo le hizo a Peleo una seña para que se sentara junto a él y, en silencio, le ofreció agua de una jarra de barro. Luego, entrecerrando los ojos en tina paciente sonrisa que parecía proceder de una honda e insondable tristeza, le dijo con el acento impecable y distinguido del pueblo argivo:

—Cuéntame tu historia.

Posteriormente, Peleo dijo a Odiseo que su estancia entre los centauros le devolvió la cordura, pero la verdad es que tuvo suerte de caer en sus manos en una época en la que a

su rey, Quirón, le preocupaba mucho la pervivencia de su tribu.

Los centauros siempre habían sido un pueblo apartado, autóctono, que vivía su agreste vida en los montes, lejos de los habitantes de la ciudad y los granjeros de las llanuras. El propio Quirón era célebre por su sabiduría y sus poderes curativos, y llevaba muchos años dirigiendo una escuela en la soledad del monte a la que muchos reyes mandaban a sus hijos para iniciarlos desde la infancia. Píritoo, el rey del pueblo lapita de la costa, asistió a esa escuela de niño y siempre guardó un grato recuerdo del rey Quirón y de sus centauros semisalvajes. Por eso les invitó a su banquete de bodas, pero aquel día alguien cometió el error de ofrecerles vino. El vino, al que los centauros no estaban nada acostumbrados, los trastornó enseguida. Empezaron a acosar a las mujeres del banquete, y se desató una sangrienta pelea que dejó muchos muertos y heridos. Desde aquel terrible día, los no iniciados vieron en los centauros una tribu infrahumana. Los que sobrevivieron a aquella batalla huyeron a los montes, adonde los hombres subían a cazarlos por deporte, como si fueran animales.

Cuando llevaron a Peleo ante Quirón en su cueva, quedaban muy pocos de su pueblo. Por eso, durante las largas horas de su primera conversación, ambos llegaron a reconocer en el otro un alma noble que había sufrido injustamente. Por aquel entonces Peleo no tenía deseos de regresar al mundo y acogió con alegría la oferta de Quirón de quedarse una temporada entre los centauros y curar su alma maltrecha con la vida simple que allí llevaban.

Los días de esa vida dejaban extenuado a Peleo, y de noche lo visitaban sueños vívidos y turbadores que Quirón le enseñó a interpretar. También notó que lo curaba la música de los centauros, que parecía llena de los indómitos compases del viento y el agua, sin dejar de tener un singular y cautivador encanto. Por medio de la iniciación en los misterios de Quirón, Peleo volvió a descubrir el sentido de